

# NEW LEFT REVIEW 108

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO - FEBRERO 2018

## ARTÍCULOS

ALEXANDER CLAPP	Rumanía rediviva	7
MARCO D'ERAMO	Geografías de la ignorancia	47
JACOB COLLINS	Pensar de otro modo	51
MELISSA MYAMBO	¿África en ascenso?	81
MIKE DAVIS	El año 1960	95
CHIN-TAO WU	La moda seduce al arte	129

## CRÍTICA

PETER OSBORNE	La historia de Habermas	139
FRANCIS MULHERN	Empson, sin igual	155
JOHN NEWSINGER	El héroe del laborismo	165

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

**ts**  
d traficantes de sueños

---

[SUSCRÍBETE](#)

ALEXANDER CLAPP

## RUMANÍA REDIVIVA

**D**ESPUÉS DE HABER sido la tierra yerma de la Europa neoliberal, Rumanía se ha convertido en su bulliciosa frontera. Un Estado controlado por la mafia poscomunista al que hace dieciséis años los creadores de opinión situaban en el fondo del vertedero europeo ahora está considerado como la historia de éxito en la ampliación de la UE<sup>1</sup>. Su tasa de crecimiento cercana al 6 por 100 es la más alta del continente, aunque vaya impulsada por la generosidad fiscal<sup>2</sup>. Durante la década pasada, en Bucarest han sido encarcelados más políticos acusados de corrupción que en todo el resto de la Europa del Este. Rumanía no ha ocasionado a Bruselas y Berlín prácticamente ninguno de los dolores de cabeza provocados por el Grupo Visegrád –Chequia, Hungría, Polonia y Eslovaquia– conjunto de países que en 1993 rehusaron aceptar a Rumanía como compañera de viaje y se incorporaron colectivamente a la Unión Europea tres años antes que ella. Los rumanos se encuentran sistemáticamente entre la gente más eurófila de la Unión<sup>3</sup>. En las elecciones nunca ha aparecido un partido antieuropeo y menos aún en el Parlamento. Las dispersas apelaciones políticas hacia desagradables tradiciones de entreguerras –el Movimiento Legionario, la Gran Rumanía– atraen menos votantes que los movimientos de extrema

---

<sup>1</sup> Tony Judt, «Romania: Bottom of the Heap», *The New York Review of Books*, 1 de noviembre de 2001.

<sup>2</sup> Mehreen Khan, «Romania's economy expands at 5.9% annual rate», *Financial Times*, 16 de agosto de 2017.

<sup>3</sup> Tom Gallagher, *Romania and the European Union: How the Weak Vanquished the Strong*, Manchester, 2009, p. 10.



derecha de la Europa Occidental. Los dos millones de magiares de Transilvania, una de las mayores minorías europeas, se han convertido en un modelo de relaciones interétnicas después del periodo en el que los bancos de los parques de Cluj se decoraban con la *tricolore* rumana para recordar a todos dónde se encontraban. Realmente, quizá el símbolo más adecuado del lugar actual de Rumanía en Europa sea el hombre que se sienta en el palacio presidencial de Cotroceni en Bucarest. Klaus Iohannis –un antiguo profesor de física en una escuela secundaria de Sibiu, anteriormente Hermannstadt– es un rumano de ascendencia alemana que encabeza un Estado que, una generación atrás, despachaba a cientos de miles de sus «sajones» «de vuelta» a Bonn a razón de entre 4.000 y 10.000 marcos alemanes por cabeza.

Sin embargo, Rumanía ha asistido este año a las mayores manifestaciones callejeras desde las navidades de 1989. Una ciudadanía que durante décadas ofreció una mínima resistencia ante Ceauçescu, ahora marcha *en masse* en ciudades de todo el país contra los sucesores en su maquinaria de poder. La causa inmediata no ha sido la corrupción *per se*, sino los intentos parlamentarios de evitar las medidas judiciales sobre ella. Un proyecto de ley de 2017 que proponía descriminalizar los sobornos inferiores a 43.918 euros –la cifra exacta que se recoge en una investigación en curso sobre Liviu Dragnea, presidente del Partido Socialdemócrata (PSD), el partido mayor de Rumanía y heredero directo del Partido Comunista– llevó en pocas horas a miles de rumanos a las calles. En Bucarest marcharon sobre el Parlamento enarbolando pancartas con efigies de políticos del PSD vestidos con monos carcelarios y proclamando «¡Ratas!», «¡Que el Consejo Nacional Anticorrupción se ocupe de vosotros!», «¡Abajo con este régimen de bandidos!». Durante la década pasada tres millones de rumanos han abandonado su país, el mayor flujo interno dentro de la UE<sup>4</sup>. Los manifestantes, algunos de los cuales continúan reuniéndose las tardes de los domingos en las principales ciudades, son los jóvenes que se han quedado, una parte de la creciente clase media que ya no cree que deba abandonar Rumanía para tener un futuro europeo. La mayoría trabaja en un sector privado que salió mayormente indemne de la crisis económica, mientras que uno de cada cinco empleos recortados en Europa dentro del sector público en

---

<sup>4</sup> Carlos Vargas-Silva, *EU Migrants in Other EU Countries: An Analysis of Bilateral Migrant Stocks*, Oxford, 2012.

2010 se produjeron en Rumanía<sup>5</sup>. Pasan sus vacaciones fuera del país, hablan varios idiomas y a menudo han pasado tiempo en una universidad occidental. Con una armonía multiétnica, una próspera economía y una vibrante sociedad civil, ¿qué más podía pedir Bruselas? Rumanía está tan bien considerada que Juncker la ha elegido para la histórica primera cumbre de la UE después del Brexit, que se celebrará en la ciudad de Sibiu el 30 de mayo de 2019 —el día siguiente a la salida formal de Gran Bretaña— y que pretende ser una mirada adelante hacia el futuro de una Europa unida.

### *Por debajo de la superficie*

Sería una exageración hablar de una república de cartón piedra idealizada, pero detrás de las favorables apariencias, muchas, quizá la mayoría, de las realidades son más oscuras. De todos los países del este de Europa, Rumanía tiene la mayor variedad de recursos naturales. Los Montes Cárpatos, que separan a la provincia noroccidental de Transilvania de Valaquia, situada al sur, y de Moldavia, situada al este, poseen algunos de los últimos bosques vírgenes de Europa. El Delta del Danubio ofrece una famosa reserva de pájaros y peces en peligro de extinción. Los campos de petróleo de Ploiești cuentan con el pozo comercial más antiguo del planeta —las calles de Bucarest fueron las primeras en ser iluminadas con keroseno— y todavía tienen reservas desconocidas a menor profundidad que en cualquier otro país de las orillas del Mar Negro. La fertilidad de la tierra es legendaria. Sin embargo, poca de la riqueza potencial del país ha llegado a manos del pueblo. El que probablemente será el último verdadero campesinado que se pueda encontrar en la UE trabaja en lo que una vez fue el granero del Imperio Otomano: dos de cada cinco rumanos viven en el campo; uno de cada tres subsiste gracias a la agricultura; muchos no han abandonado nunca sus pueblos y solamente una minoría cuenta con maquinaria agrícola moderna<sup>6</sup>.

Sin embargo, el valor de su país no ha pasado desapercibido para Bruselas que ha supervisado durante una generación la canalización hacia Occidente de la riqueza rumana. Antes de su incorporación a la UE en 2007, sectores enteros de la economía fueron tomados por empresas multinacionales. Société Générale, Raiffeisen y el Grupo Erste se hicieron

---

<sup>5</sup> Victoria Stoiciu, *Austerity and Structural Reforms in Romania: Severe Measures, Questionable Economic Results and Negative Social Consequences*, Berlín, 2012, p. 3.

<sup>6</sup> Datos del Informe Anual del Banco Mundial 2016.

cargo del sistema bancario del país. El sector energético paso a manos de Österreichische Mineralölverwaltung y České Energetické Závody, cuyas sedes se hallan respectivamente en Viena y Praga. Su siderurgia fue a parar a Mittal, su producción de madera al grupo Schweighofer, su automóvil nacional, el Dacia, a Renault. Gran parte de lo que todavía no es propiedad de intereses occidentales está puesto a su disposición. En 1999, la compañía minera canadiense Gabriel Resources obtuvo unos dudosos derechos para realizar excavaciones en Roşia Montană, la mayor mina de oro a cielo abierto de Europa. Su explotación exige que se le retire su estatus de patrimonio de la Humanidad, la demolición de cuatro picos montañosos y de varios pueblos cercanos que la rodean y excavar un agujero del tamaño de Gibraltar para albergar el cianuro que se vierte en el proceso. El Estado rumano se enfrenta a una demanda de Gabriel Resources por valor de 4,4 millardos de dólares por las pérdidas ocasionadas tras impedir este proceso<sup>7</sup>. En 2010, el mayor propietario privado de árboles de Rumanía era la Universidad de Harvard. Seis años antes había empezado a comprar enormes extensiones de bosques que habían caído en poder de intermediarios mafiosos con falsas reclamaciones de propiedad precomunista; vendidos a IKEA, se talaron miles de hectáreas que probablemente nunca se recuperarán<sup>8</sup>. En 2012, los residentes de aproximadamente cincuenta pueblos de Banat, la fértil región situada en el oeste del país que limita con Serbia y Hungría, se levantaron para encontrarse con que sus ancestrales parcelas de tierra habían pasado a pertenecer a Rabobank, entidad financiera con sede en Utrecht por medio de subterfugios legales<sup>9</sup>. Hay docenas de casos similares y pocos han recibido compensaciones.

Paralelamente, bajo la superficie de la democratización, en Rumanía persiste el talante autoritario de la época de Ceauşescu dentro de las poderosas fuerzas de seguridad. La Securitate, la policía más despiadada del Pacto de Varsovia, ha sido rebautizada y ahora está dirigida por una generación de agentes con una edad media de 35 años, formados en universidades especializadas en cuestiones de inteligencia y seguridad. En muchos casos son los hijos de los dieciséis mil miembros de la Securitate, que proporcionaron la columna vertebral del Estado rumano

---

<sup>7</sup> Neil Buckley, «Romania hit by \$4.4bn damages claim over stalled gold mine project», *Financial Times*, 29 de junio de 2017.

<sup>8</sup> Raluca Besliu, «Reclaiming the Forest: A Romanian Story», *Open Democracy*, 19 de agosto de 2015.

<sup>9</sup> Luke Dale-Harris y Sorin Semeniuc, «Dutch bank faces questions on Romania land grab», *EU Observer*, 6 de noviembre de 2015.

a partir de 1989 y que surgieron como los indiscutibles ganadores de la «revolución» de aquel año. Existen por lo menos nueve organismos de seguridad. El más importante, el Serviciul Român de Informații (Servicio Rumano de Información, SRI) controla a los rumanos en el espacio interno; tiene alrededor de doce mil efectivos, el doble de personal que cualquier organismo equivalente en Europa, y cuenta con un equipo de espionaje de procedencia militar con el que realiza más de cuarenta mil escuchas telefónicas anuales<sup>10</sup>. La generación anterior de agentes de la Securitate manejó los planes de privatización de la década de 1990; ahora sus descendientes les proporcionan protección frente a la supervisión jurídica. Este entrelazamiento de influencia económica – cuatro de cada cinco de los rumanos más ricos tienen antecedentes en la Securitate– y de inviolabilidad legal –el aparato judicial rumano depende demasiado del SRI como para perseguirles– permite que el Estado profundo opere impunemente. Los servicios de seguridad tienen grandes participaciones en las telecomunicaciones y en la recogida masiva de datos. Supervisan sus propias ONG, dirigen sus propios canales de televisión y tienen a su gente en los consejos editoriales de los principales periódicos y en los departamentos gubernamentales. La infiltración en el Estado de estas redes solo sale ocasionalmente a la luz. En octubre de 2015, un incendio en un club nocturno de Bucarest mató a sesenta y cuatro personas, más de la mitad debido a infecciones contraídas en un hospital local. ¿Por qué? Los productos sanitarios utilizados como desinfectantes en el hospital, fabricados por una compañía llamada Hexi Pharma a la que el gobierno había concedido el monopolio de su suministro, estaban diluidos con agua, haciendo que no sirvieran para nada. Este primer escándalo pronto se vio superado por otro: Hexi Pharma, una compañía fantasma, estaba dirigida por los servicios secretos<sup>11</sup>.

### *La cuestión agraria*

Detrás de todo esto hay indudablemente una *longue durée*. La población rumana, el único grupo nacional ubicado al este del Adriático que habla una lengua románica y el único pueblo con una lengua románica que niega la supremacía del papa, también es el único que puede reclamar su origen político reciente de Bizancio. Los otomanos delegaron el gobierno de sus provincias del Danubio, Valaquia y Moldavia, a un

<sup>10</sup> Entrevista personal, Iulian Fota, Bucarest, 4 de julio de 2017.

<sup>11</sup> Vlad Toma, «Scenarii in cazul Condrea-Hexi Pharma: Intre servicii secrete si “dirijarea” masinii in copac», *Revista* 22, 27 de mayo de 2016.

puñado de depuestas familias griegas, que en gran medida controlaron el país hasta la década de 1930, casi seis décadas después del reconocimiento de Rumanía como Estado-nación por las potencias europeas en el Congreso de Berlín. En el resto de los Balcanes la conquista turca había destruido a la clase terrateniente local, dejando en el campo una masa de pequeños propietarios que pagaban impuestos una vez que el dominio otomano desapareció; únicamente en Rumanía permaneció intacta una aristocracia boyarda que durante trescientos años había sometido a los siervos. Allí, la lucha nacional no consistía en la expulsión del Sultanato, sino en cómo esta masa de población de habla rumana podía alcanzar el control del territorio en el que habitaba, una extensión de terreno de más de ochocientos kilómetros desde el Tisza al Dniester, donde constituía una abrumadora mayoría. Desde esta perspectiva, las minorías urbanas se consideraban como los principales obstáculos. Los griegos eran la menos numerosa. Un obstáculo mayor eran los judíos, los alemanes y los húngaros. «Queremos un Estado nacional, no un Estado cosmopolita ni unos Estados Unidos del Danubio», declaraba en 1880 Mihai Eminescu, el poeta nacional rumano<sup>12</sup>. Sin embargo, la homogeneidad étnica significaba sacrificar el progreso, que solamente podía venir de esas minorías. El dilema se agudizó en 1920 con el Tratado de Trianon que otorgaba a Rumanía, como tardío aliado de la Entente, partes del territorio de las zonas vecinas lo que multiplicó por dos el tamaño del país; la paradójica consecuencia fue rodear a las poblaciones étnicamente rumanas de minorías mucho mayores y prósperas que pasaron a formar el 27 por 100 de la población, en comparación con el 8 por 100 que representaban en 1914<sup>13</sup>.

Los marxistas rumanos consideraban que los culpables de la difícil situación del país había que buscarlos en otra parte. Para su representante más destacado, Constantin Dobrogeanu-Gherea –nacido en 1855 en una familia ruso-judía del sur de Ucrania que huyó a Iași en 1877 para escapar de la policía política zarista–, el problema de Rumanía no era el dominante poder económico de sus minorías, sino la *neoiobăgia*, la «neoservidumbre», que la elite rumana había impuesto a las masas rumanas. En 1864, Alexander Ioan Cuza, el Domnitor, el «gobernante», de Rumanía y veterano de la revolución de 1848, había aprobado una supuesta reforma agraria de carácter radical, que liberaba a los

<sup>12</sup> Mihai Eminescu, *Publicistică*, Chișinău, 1990, p. 291.

<sup>13</sup> Joseph Rothschild, *East Central Europe between the Two World Wars*, Seattle (WA), 1974, pp. 283-285.



campesinos de la servidumbre señorial y les otorgaba un tercio de las tierras. Dos años después fue derrocado por un golpe de Estado que llevó al trono a una rama secundaria de los Hohenzollerns con el respaldo de las grandes potencias. En la práctica, la clase de los terratenientes boyardos, aunque profusamente compensados por la reforma de Cuza, evitaron sus consecuencias convirtiendo las deudas de los campesinos en obligaciones de trabajo y superponiendo un parasitario sistema capitalista sobre una primitiva agricultura feudal para crear lo que Dobrogeanu-Gherea denominó un «régimen dual». Legalmente, los campesinos rumanos habían dejado de ser siervos; económicamente, poco había cambiado. Las elites francófonas rumanas con aspiraciones occidentales, al estilo de la nobleza zarista, acapararon un creciente poder, mientras afirmaban que Rumanía se estaba pareciendo cada vez más a un Estado europeo. Para los intelectuales nacionalistas reunidos en torno a Titu Maiorescu, Eminescu y otras figuras agrupadas en la asociación literaria Junimea, [Juventud], optar por soluciones occidentales para los problemas históricos del país significaba solamente permitir que se agravaran. La constitución rumana era una copia de la belga; su sistema jurídico era el Código civil de Napoleón. ¿Qué había hecho todo esto por un país que todavía se parecía a la Rusia de la década de 1850? Para Dobrogeanu-Gherea, Rumanía podía romper sus ciclos de feudalismo solamente mediante una rápida industrialización. Para adversarios conservadores como Maiorescu, la solución era más directamente populista y evocadora: elevar al campesinado rumano a la categoría de héroe nacional.

En un país con una profunda brecha entre la ciudad y el campo, la realidad de la vida campesina era más explosiva. La redistribución de los latifundios en microparcels no había aliviado la miseria rural, dejando a demasiados campesinos con muy poca tierra y en consecuencia con una producción muy baja. En la primavera de 1907, alrededor de 25.000 campesinos, mayormente dirigidos por antiguos soldados, se levantaron en armas contra los boyardos. Desde Bucarest el rey Carol I mandó a 140.000 soldados para aplastar la que resultó ser una de las más sangrientas rebeliones campesinas de la Europa moderna. La amenaza de la insurrección rural fue la causa principal de las reformas posteriores. Las concesiones estratégicas –nuevas rondas de redistribución de tierras en 1917, derecho masivo de voto en 1919– fueron intentos de la elite rumana de prevenir futuros levantamientos, viendo la Revolución de Octubre desde el otro lado del río Prut, al mismo tiempo que reflejaban su temor ante las consecuencias de desplegar un ejército formado por su

propias clases bajas. En el periodo de entreguerras, la pseudodemocracia rumana era «una delgada capa de civilización» superpuesta sobre «un conglomerado étnico descuidadamente ordenado, del cual podía desprenderse con enorme facilidad», decía Gregor von Rezzori<sup>14</sup>. Haciendo guardia sobre el nuevo orden estaba la Siguranța, la policía secreta fundada por Carol I para infiltrarse en las potenciales revueltas campesinas e imponer el orden en el campo y, de hecho, semilla de lo que con el tiempo sería la Securitate de Ceaușescu.

A principios del siglo xx, el poder en Rumanía oscilaba entre dos maquinarias políticas que ofrecían soluciones igualmente vacías para el problema agrario. En primer lugar, nos encontramos con el Partido Liberal, formado por los llamados *regatenis*, las elites bancarias e industriales de Regat, el viejo reino rumano, que reivindicaban el legado de 1848 y tomaban como modelo de gobierno el sistema centralizado francés. Opuesto a él, el Partido Campesino, fundado después de la Primera Guerra Mundial por elites de Transilvania, apostaba por el modelo multinacional de gobierno de la vieja corona de los Habsburgo. La realeza Hohenzollern, instalada en 1866 después del derrocamiento de Cuza, planeaba ceremonialmente sobre el Estado. Como en otras partes de los Balcanes, la familia real alemana, una inyección artificial en un país que no tenía ninguna escasez de aspirantes aristócratas, ocasionó más problemas de los que resolvió, insertando una pilastra teutónica en un edificio esencialmente francófilo. En 1930 el heredero del trono, el patrioter Carol II, excluido de la sucesión por sus escándalos relacionados con el ejército y su vida privada, organizó a los 36 años un golpe de Estado instigado por el Partido Campesino supuestamente para defender la constitución después de una década de opresivo dominio liberal. Su reinado se caracterizó por el aumento de la corrupción y del autoritarismo, el desprecio de las instituciones parlamentarias y la introducción de leyes antisemitas.

### *La Guardia y el general*

Estas fueron las circunstancias que incubaron al movimiento de extrema derecha más potente de Europa del Este. Concebido en el monasterio de Văcărești, situado a las afueras de Bucarest, la Legión del Arcángel Miguel fue fundada en 1927 por Corneliu Zelea Codreanu, un estudiante

---

<sup>14</sup> Gregor von Rezzori, *The Snows of Yesteryear* [1989], Nueva York, 2009, p. 65; ed. cast.: *Flores en la nieve*, Barcelona, 2009.

de derecho de Bukovina, tomando inicialmente como modelo a la Action Française para rápidamente evolucionar en una formación paramilitar, la Guardia de Hierro. Sin llegar a crecer demasiado en número, el movimiento legionario resultó letalmente eficaz en su penetración en la sociedad rumana, elevándose por encima de la multitud de organizaciones de la derecha radical, que en los años de entreguerras competían entre ellas. El movimiento produjo una variedad de fascismo singularmente rumano, independiente de las versiones alemana e italiana, que fusionaba dos elementos distintivos. En primer lugar, y a pesar de los destellos de cultos sectarios –supuestamente los guardianes consagraban sus reuniones bebiendo copas con sus sangres– la perspectiva del mundo de los legionarios era abiertamente cristiano-ortodoxa. El feudo de la Guardia era el territorio que formaban las llanuras del Danubio desde Oltenia hasta Besarabia, los bastiones dominantes de una ortodoxia rumana –que seguía rituales griegos pero que desde finales del siglo XIX tenía una jerarquía propia– en un país cuyas recién adquiridas periferias occidentales tendían hacia el catolicismo oriental, el calvinismo o el luteranismo<sup>15</sup>.

En segundo lugar, era de destacar la impresionante presencia de la *intelligentsia* rumana en las filas de la Legión. Aunque seguía siendo una de las sociedades más atrasadas de Europa, Rumanía también era el único país del continente que producía más graduados universitarios per cápita que la Alemania de Weimar, por no hablar de su vanguardia de la *belle époque*<sup>16</sup>. La floreciente *intelligentsia* de clase media comprendía no solamente el Círculo Criterion de jóvenes escritores de café como Mircea Eliade, Constantin Noica y Eugen Ionescu, sino muchas otras lumbreras que se incorporarían después, desde Eugen Weber a Emil Cioran, así como una corte de novelistas y cronistas, cuyas obras solamente se han traducido hace poco: Max Blecher, Mihail Sebastian, Panait Istrati, Emil Dorian. Un llamativo número de estos intelectuales apoyaron a la Guardia de Hierro, un fenómeno que Ionescu más tarde describió como la «rinocerontización» de esta cohorte. Eliade declaraba que «el significado de la revolución que plantea Corneliu Codreanu es

---

<sup>15</sup> Constantin Iordachi, «Charisma, religion, and ideology: Romania's interwar Legion of the Archangel Michael», en John Lampe y Mark Mazower (eds.), *Ideologies and National Identities: The Case of Twentieth-Century Southeastern Europe*, Budapest, 2004, p. 10.

<sup>16</sup> J. Rothschild, *East Central Europe between the Two World Wars*, cit., p. 385.

tan profundamente místico que su triunfo señalaría la victoria del espíritu cristiano en Europa»<sup>17</sup>.

Con su combinación de la *bona fides* campesina, el fervor ortodoxo y la violencia pandillera, la Guardia de Hierro estaba bien situada para llevar una campaña a múltiples niveles contra la clase burocrática-boyarda rumana. Organizada por Codreanu en trece «nidos» y un trio de «escuadrones de la muerte», los guardias se pasaron la década de 1930 reclutando adeptos en los clubs universitarios y en la iglesia, donde dos mil sacerdotes ortodoxos –alrededor del 20 por 100 del clero rumano– predicaban su mensaje<sup>18</sup>. «Los legionarios son hombres de fe, de una gran escuela espiritual, y se puede confiar en ellos antes que en unos hombres reunidos por un simple programa», explicaba Codreanu en *The Nest Leader's Manual*, publicado en 1933 siete meses antes de que ordenara el asesinato del primer ministro Ion Duca y seis años antes de que la Guardia de Hierro asesinara a otro primer ministro, Armand Călinescu<sup>19</sup>. El Estado que Carol II afirmaba controlar estaba totalmente infiltrado por una Guardia de Hierro que se manifestaba en todas partes, desde las plazas de los pueblos a las calles comerciales de las ciudades, una vez que los judíos habían sido expulsados de sus comercios y restaurantes. Rumanía se convirtió en lo que Mihail Sebastian llamó una «enorme fábrica antisemita»<sup>20</sup>. La Guardia también disfrutaba de un grupo de aliados del mundo empresarial, entre los que se encontraba el magnate de los ferrocarriles Nicolae Malaxa, el hombre más rico del país, además de contar con un estridente apoyo entre funcionarios civiles, vándalos callejeros y campesinos.

Durante la mayor parte de la década, la Guardia de Hierro ofreció algo que convenía a ambos pilares del sistema político. El rey toleraba el crecimiento de sus filas como un contrapeso ideológico frente a una nueva clase política orientada hacia la Francia republicana. Los liberales y los Campesinos Nacionales, a su vez, la consideraban un contrapeso paramilitar en la calle frente a un ejército en los cuarteles que era leal a Carol. La Guardia se benefició de este doble oportunismo. En 1938 su influencia estaba creciendo tanto que Carol pasó a proteger su propia

---

<sup>17</sup> Citado en Joseph Frank, *Responses to Modernity: Essays in the Politics of Culture*, Nueva York, 2012, p. 143.

<sup>18</sup> Francisco Veiga, *Istoria Gărzii de Fier 1919-1941—Mistica ultranationalismului*, Bucarest, 1995, p. 231.

<sup>19</sup> Citado en Eugen Weber, *Varieties of Fascism*, Princeton (NJ), 1964, p. 105.

<sup>20</sup> Mihail Sebastian, *Journal 1933-1944: The Fascist Years*, Chicago, 2000, p. 391.

posición, desmantelando el sistema político rumano, disolviendo todos los partidos políticos tradicionales e implantando una dictadura real. Codreanu fue encarcelado bajo falsas acusaciones y fue asesinado en prisión. Pero un año después, desacreditado por el premio que concedió Hitler a Hungría al entregar a ese país gran parte de Transilvania, el rey fue depuesto y el sucesor de Codreanu, Horia Sima, fue nombrado viceprimer ministro en un gobierno legionario nacional encabezado por el anterior ministro de Defensa, Ion Antonescu, un general rabiosamente antisemita, que había testificado a favor de Codreanu en su juicio. Se desencadenó una oleada de pogromos y la masacre de alrededor de quince mil judíos en Iași asombraría a las propias SS por su salvajismo. En medio de un caótico saqueo y asesinato de judíos en Bucarest, las tensiones entre la Guardia y el general, ambos compitiendo por el favor de Hitler, llegaron a un punto crítico. Cuando el Führer, que quería un aliado estable, le dio luz verde, Antonescu se volvió contra los legionarios y en tres días de enero de 1941 aplastó a la Guardia con tropas regulares. A continuación se unió al ataque nazi contra Rusia enviando veintisiete divisiones a Stalingrado, más que todos los demás aliados de Alemania juntos, y matando a doscientos cincuenta mil judíos en territorio soviético. En el verano de 1944, con el Ejército Rojo a las puertas de Iași, un golpe de Estado dirigido por Michael, el hijo de Carol, con el apoyo de los Aliados, barrió a Antonescu del poder y finalmente le llevó ante el pelotón de fusilamiento. En la *volte-face* más espectacular de la Segunda Guerra Mundial, cientos de miles de soldados rumanos, que se batían en retirada desde el Volga continuaron su marcha hacia el oeste convertidos ahora en parte del avance soviético hacia el corazón del Tercer Reich.

### *Comunismo: desde la periferia y la prisión*

El legado más duradero de la Guardia de Hierro fue su desmantelamiento de la arquitectura del Estado rumano, que había aislado a las elites tradicionales de las masas, el cual creó un vacío propicio para la ocupación soviética pactada en el acuerdo suscrito entre Churchill y Stalin, que entregaba el control del 90 por 100 del territorio rumano a la URSS a cambio del control británico del 90 por 100 del territorio griego. El comunismo estaba legalmente proscrito en Rumanía desde 1924. Además, a diferencia de sus contrapartes húngaras, búlgaras, yugoslavas o polacas, el Partido Comunista Rumano (PCR) fue desde sus comienzos un pequeño movimiento periférico dominado por las

minorías cultas a las que la mayoría de los rumanos responsabilizaban del atraso del país. Sus figuras fundadoras incluían a Elek Köblös, Béla Breiner, Marcel Pauker e István Fóris, todos ellos con orígenes étnicos no rumanos procedentes de las tierras fronterizas que habían sido incorporadas en 1920. La débil base del comunismo se debía en gran parte al problema agrario: en un país en el que el 90 por 100 de la población de habla rumana vivía de la tierra –Trotsky calificó a Rumanía como un espacio de «oscuras masas campesinas»– no había un escenario para la política organizada<sup>21</sup>. «Careciendo de los factores objetivos –concentración de capital, suficiente desarrollo de la industria, una amplia masa proletaria– y sin tener los factores subjetivos –educación y un proletariado con conciencia de clase–, Rumanía sufre todas las contradicciones de un régimen capitalista sin tener los factores necesarios para una transformación social», como señalaba en 1919 Ilie Moscovici, dirigente del Partido Socialdemócrata<sup>22</sup>.

Con la llegada del Ejército Rojo todo esto cambió. A principios de 1945, antes de la rendición de Alemania, el régimen títere provisional encabezado por Petru Groza, un rico terrateniente de Transilvania, abrió el camino para la toma del poder por parte de los comunistas. El PCR recibió siete ministerios clave, mientras se aseguraba la lealtad del ejército, cuyas tropas habían combatido junto al Ejército Rojo y ahora eran recompensadas por Moscú con la devolución de Transilvania a Bucarest por haberse vuelto contra Hitler cinco meses antes que Budapest. En noviembre de 1946, un simulacro de elecciones dio a los comunistas el 84 por 100 de los votos. En cuestión de meses, con la ayuda soviética, la dirección del PCR había disuelto el Partido Nacional Liberal y el Partido Nacional Campesino, ejecutado o encarcelado a la mayoría de las elites políticas del periodo de entreguerras y a las favorables al Eje y –después de forzar al rey Michael a abdicar a punta de pistola, la última realeza en perder su trono detrás del telón de acero– fundó una república popular.

El PCR consolidó su poder de arriba abajo, sin tener nada con que igualar el apoyo popular con el que contaban los legionarios. Contando en 1945 con no más de un millar de miembros, ochenta de ellos en Bucarest, el partido había estado confinado en los calabozos de Valaquia bajo los gobiernos liberales de finales de la década de 1930. Los comunistas más endurecidos habían sido concentrados en un campo de prisioneros en

---

<sup>21</sup> Leon Trotsky, *Nashe Slovo*, 1913.

<sup>22</sup> Ilie Moscovici, *Luptă de clasă și transformarea socială*, Bucarest, 1930, p. 302.

Târgu Jiu<sup>23</sup>. Allí fue donde el primer secretario del PCR en la posguerra, Gheorge Gheorghiu-Dej, un militante ferroviario, se encontró con un aprendiz de zapatero llamado Nicolae Ceaușescu y ambos establecieron lazos con agentes soviéticos encarcelados con ellos<sup>24</sup>. Este núcleo del partido, el llamado «movimiento de las prisiones», se complementó con un pequeño número de cuadros formados por jefes, étnicamente rumanos, de origen campesino. Desafiantemente antiintelectuales, abrumadoramente procedentes de los pueblos, habían surgido de los intersticios de la dislocación social del periodo de entreguerras, de manera similar a algunos de los escalones inferiores de la Guardia de Hierro. Una vez liberados de la cárcel eran la garantía de que el PCR no era simplemente una fuerza extranjera, lo cual era necesario porque gran parte de la dirección del partido procedía de minorías étnicas, a menudo de vuelta del exilio en la Unión Soviética. El primer ministro de Finanzas de la Rumanía comunista, Vasile Luca, era un *szekler* de Transilvania y realmente los sabbatarianos *szekler*, que se habían convertido al judaísmo en el siglo XIX, constituyeron quizá la infantería más fanática del nuevo PCR. La primera ministra de Asuntos Exteriores, Ana Pauker, era la hija de un rabino moldavo. El primer arquitecto de la colectivización, el hombre que ordenó la matanza de un millón de caballos, fue Alexandru Moghioroș, perteneciente a la minoría húngara. Consciente del problema, Stalin se aseguró de que el secretario general del partido fuera Gheorghiu-Dej. En enero de 1947, este minúsculo grupo de militantes de la preguerra se encontró a sí mismo a la cabeza de un partido que había reclutado precipitadamente a varios cientos de miles de miembros deseosos de unirse al nuevo poder. Como era de prever hubo una sustancial transferencia de personal desde los escalones inferiores de la Guardia de Hierro.

Al llegar al poder, el PCR se enfrentó a un problema de legitimidad tanto en el ámbito interior como en el internacional. En el interior, sus cuadros incluían un llamativo número de judíos en un país que acababa de mandar a la muerte a más de un cuarto de millón de ellos, algo que el propio Stalin llegó a comentar<sup>25</sup>. Después estaba el hecho evidente de que al igual que sus partidos hermanos en Polonia, Alemania del Este, Checoslovaquia, Hungría y Bulgaria –aun que a diferencia de los de

---

<sup>23</sup> Henry Roberts, *Roumania: Political Problems of an Agrarian State*, New Haven (CT), 1951, p. 243.

<sup>24</sup> Vladimir Tismăneanu, *Stalinism for All Seasons: A Political History of Romanian Communism*, Berkeley (CA), 2005, p. 123

<sup>25</sup> Dennis Deletant, *Romania under Communist Rule*, Londres, 1999, p. 116.

Albania o Yugoslavia— habían sido instalados en el poder por un ejército extranjero, partiendo de una base en la preguerra mucho más débil en la que Moscú nunca había tenido demasiadas razones para confiar. La primera dificultad se resolvió cuando la ira de Stalin ante la defección de Tito se fundió con una senil paranoia antisemita para desatar una serie de juicios-espectáculo en los que se acusaba a dirigentes de países de Europa del Este —Rajk en Hungría, Kostov en Bulgaria, Slansky en Checoslovaquia— de no ser leales a Moscú. Esto permitió a Gheorghiu-Dej deshacerse de sus rivales judíos y no judíos dentro de la dirección. El partido intentó superar el segundo problema igualando o incluso superando a sus mentores soviéticos en pureza ideológica. Las propiedades de los boyardos fueron confiscadas y sus mansiones convertidas en escuelas, hospitales e instituciones para la higiene ideológica; las empresas urbanas fueron expropiadas y se lanzaron campañas masivas de alfabetización. La represión fue intensa. Un par de agentes soviéticos de Tiraspol, Pintilie Bondarenko y Alexandru Nikolsk, fueron los encargados de dar forma a la Securitate a partir de la Siguranța que había sostenido a los regímenes de Carol y Antonescu. Más de medio millón de personas acabaron en campos de trabajo o en lugares de residencia asignados. Alrededor de 35.000 prisioneros políticos fueron enviados a los gulags para trabajar en el canal, que iba a unir el Danubio y el mar Negro; muchos de ellos murieron lentamente en el llamado «cementerio de la burguesía rumana».

Sacudido por el Informe Secreto de Khrushchev en 1956, Gheorghiu-Dej tuvo que moderar su régimen. A principios de la década de 1960 se inició el deshielo, los campos de trabajo fueron cerrados y la mayoría de los prisioneros liberados. Se trataba de un cambio de sistema que se produjo en todo el bloque soviético, más o menos obligatorio una vez que la desestalinización tomó forma en la propia URSS. Sin embargo, en Rumanía fue acompañado por un cambio más peculiar y significativo. Gheorghiu-Dej no había agradecido el aparcamiento sin contemplaciones de Stalin en el XX Congreso del PCUS, que le dejaba potencialmente expuesto a correr la misma suerte. Como reacción, empezó a alejar al país de Rusia para ganar una mayor legitimidad interior. La dirección soviética siempre había querido que Rumanía continuara siendo una economía agrícola que podía importar lo que necesitara de sus industrializados vecinos en el sistema interdependiente del Pacto de Varsovia; con Khrushchev intentó formalizar esta división del trabajo mediante el COMECON. En 1963, el PCR rechazó formalmente esta presión y



emprendió su propio camino hacia la industrialización dirigiéndose a Occidente para obtener fuentes de energía, tecnología y dinero al margen de los soviéticos<sup>26</sup>. Este paso se vio facilitado por el crecimiento de las fisuras dentro del movimiento comunista internacional. La conferencia del Partido Comunista Rumano de 1960 había sido el escenario del primer choque abierto entre el PCUS y el PCCh –Khrushchev y Peng Zhen se enzarzaron en una confrontación pública– y el cisma chino-soviético, que ya era público en 1962, creó un mayor margen para la independencia. En la ONU, la delegación rumana se mantuvo al margen del estacionamiento de misiles soviéticos en Cuba. Todo esto sucedió entre la partida de las últimas divisiones soviéticas del territorio rumano en 1958 y la ascensión de Ceaușescu siete años más tarde.

### *El aprendiz de zapatero*

El dirigente que en 1965 sucedió a Gheorghiu-Dej como secretario general provenía de un pequeño pueblo situado en Oltenia. Nacido en 1918 en una familia de nueve hijos, aquejado de tartamudez, la educación formal de Ceaușescu llegó a su final a la edad de 11 años. Miembro del partido a los 14 y pronto realizando tareas en la clandestinidad, su única escuela de aprendizaje fue la cárcel. A los 25 estaba compartiendo una celda con Gheorghiu-Dej y cuando fue puesto en libertad se convirtió en el responsable de la sección juvenil del partido. Ascendiendo en sus filas, fue responsable de la campaña para aumentar la militancia entre la juventud, que entre 1960 y 1962 creció enormemente para fortalecer el apoyo a la resistencia al COMECON. En 1965, dos quintas partes de sus militantes tenían menos de 40 años. Una vez instalado en el poder, Ceaușescu persiguió el objetivo de la industrialización total, impulsada por insumos de procedencia occidental, con mucha más audacia y éxito que su predecesor. Entre 1950 y 1963, el partido desplazó anualmente una media de cuarenta y tres mil rumanos desde las zonas rurales hacia el trabajo fabril; durante los siguientes quince años, urbanizó anualmente a más del doble de esa cifra<sup>27</sup>. Mediante transferencias de tecnología occidental se construyeron modernas fábricas de automóviles y aviones, industrias químicas y complejos siderúrgicos antes que en el resto del bloque soviético. En total, entre 1950 y 1989 el porcentaje de

---

<sup>26</sup> Cornel Ban, «Sovereign Debt, Austerity and Regime Change: The Case of Nicolae Ceaușescu's Romania», *East European Politics and Societies*, vol. 26, núm. 4, 2012, pp. 749-750.

<sup>27</sup> Costin Murgescu *et al.*, «Influences of the Processes of Industrialization on Social Mobility –on Romanian Data», *Romanian Journal of Sociology*, 1966, pp. 4-5, 138.

población empleada en la agricultura pasó del 75 a poco más del 25 por 100. Al final de este periodo, el sector industrial representaba más de la mitad del PIB. La renta per cápita se había multiplicado por siete desde un punto de partida extremadamente bajo. El hecho de que Ceaușescu proporcionara muchos más beneficios materiales a la población, con menos pérdidas de vidas, que cualquiera de los anteriores regímenes dictatoriales de Bucarest—desde el rey Ferdinand a Carol II y Antonescu—quedaría empañado por sus posteriores excesos. A finales de la década de 1970 disfrutaba de una verdadera popularidad<sup>28</sup>.

Este apoyo se basaba tanto en la trayectoria política como económica del régimen. A principios de 1968, Ceaușescu denunció la criminal represión de Gheorghiu-Dej y rehabilitó a sus víctimas más destacadas dentro del partido. En agosto condenó al Pacto de Varsovia por la invasión de Checoslovaquia, desatando en el país una oleada de entusiasmo patriótico, que llevó a que en un año el 50 por 100 de los graduados universitarios ingresaran en el partido. La liberalización cultural dio lugar a la traducción al rumano de obras prohibidas que incluían textos marxistas heterodoxos, permitiendo destellos de un mundo intelectual que hasta entonces era desconocido en un país en el que la izquierda—a diferencia de la derecha—nunca había contado con una gran *intelligentsia*. Sin embargo, la relajación política nunca llegó muy lejos y en pocos años no quedaba nada de ella. El apoyo popular no se desvaneció, sin embargo, con tanta rapidez. La paradoja era que mientras que internamente Rumanía permanecía siendo el Estado comunista más inamovible del Pacto de Varsovia, externamente era el más orientado hacia Occidente.

Esto no era solamente producto del cortejo unilateral de un capitalismo más rico. La apertura diplomática de Ceaușescu hacia Occidente hizo que Rumanía, por primera vez en su historia, fuera un actor significativo del escenario internacional. Bucarest se convirtió en un importante centro de intercambio diplomático durante la Guerra Fría, actuando de diversas maneras como enlace entre Washington y Hanói, Pekín y Moscú, Nueva Delhi e Islamabad. Actuó de intermediario en negociaciones sobre Israel donde simultáneamente mantenía la única embajada de Europa del Este en Tel Aviv y actuaba en Oriente Próximo en general, apoyando el derecho de Palestina a tener un Estado independiente

---

<sup>28</sup> Florin Abraham, *Romania since the Second World War: A Political, Social and Economic History*, Londres, 2017, p. 35.

y a los regímenes autocráticos de Libia y Egipto. El estatus de Rumanía como miembro díscolo del bloque soviético que desafiaba a Moscú y los beneficios potenciales de unas lucrativas relaciones comerciales, le proporcionaron a Ceaușescu una cálida acogida en Occidente. Las relaciones comerciales con Madrid y el intercambio de embajadores con Bonn pusieron las cosas en marcha en 1967. En mayo de 1968, en el momento cumbre de la revuelta estudiantil en París, de Gaulle se convirtió en el primer dirigente occidental que hacía una visita de Estado a Rumanía. En 1969 fue Nixon el que llegó a Bucarest, elevando a Ceaușescu al cenit de su popularidad en el país, y recibéndole tres años después con los brazos abiertos en Washington, cuando Rumanía se unió al FMI. En total, Ceaușescu haría cuatro visitas a Estados Unidos en su Boeing 707. «Pensamos que hay que promover los derechos humanos. Pensamos que, como naciones independientes, debemos promover la libertad de nuestros propios pueblos», explicaba el presidente Carter en un comunicado conjunto desde la Casa Blanca en 1978. «Y Rumanía ha sido fundamental para conseguir los objetivos de la conferencia de Helsinki»<sup>29</sup>. La bienvenida en Roma, donde se reunió con el papa, en Londres, donde fue nombrado caballero por la reina, en París, donde recibió la Legión de Honor y en Copenhague, donde se le concedió la Orden del Elefante, fue igualmente incondicional. Disfrutando en los viajes que le proporcionaban todas esas relaciones, al final Ceaușescu hizo más de doscientas visitas oficiales al extranjero.

Ser festejado de esta forma pronto se le subió a la cabeza. Ante semejante éxito, la adulación en casa era la única recompensa adecuada. Un viaje en concreto parece que le mostró cuál era la mejor manera de expresarla. En 1971 realizó una gira por China, Mongolia, Vietnam del Norte y Corea del Norte. Lo que vio en Pyongyang le encantó: grandes espectáculos de gimnasia en homenaje a Kim Il-sung, un culto a la personalidad para eclipsar a cualquier otra figura en un país que en aquella etapa estaba más industrializado que China. En opinión de su intérprete de ruso, Sergiu Celac: «Hasta 1971, con criterios marxistas pudo generar nuevas ideas dentro de los límites del sistema. Después de su visita a China y Corea del Norte en 1971, algo de decisiva importancia debió suceder en su cabeza. Lo que vio en Corea del Norte fue una imagen del socialismo real, de total regimentación»<sup>30</sup>. Un mes después de su regreso a Bucarest,

<sup>29</sup> Jimmy Earl Carter, «Public Papers of the Presidents of the United States: Jimmy Carter», Washington DC, 1978, p. 735.

<sup>30</sup> John Sweeney, *The Life and Evil Times of Nicolae Ceaușescu*, Londres, 1991, p. 98.

Ceaușescu había mandado traducir al rumano los tratados norcoreanos sobre la *Juche*, la «autosuficiencia», que constituía el distintivo de la doctrina de Kim Il-sung. Envío al comité ejecutivo del partido sus «Tesis de Julio», un programa de diecisiete puntos en el que pedía una plena integración del partido y el Estado, que «hiciera crecer el bienestar material y espiritual de las masas, asegurara las condiciones para la plena afirmación de la personalidad y construyera el hombre nuevo, profundamente dedicado al socialismo y al comunismo»<sup>31</sup>. Económicamente, la autarquía de Kim era lo contrario a la búsqueda rumana de la inversión y la tecnología extranjera, pero psicológicamente Kim le había mostrado cómo había que tratar a un líder. El deslizamiento hacia la megalomanía se puso en marcha.

### *Familia y partido*

Así, pues, aunque continuara la prosperidad de la década de 1970, un heterodoxo Estado nacionalista se esclerotizó, convirtiéndose en una vulgar dictadura familiar, en cuya cima la Primera Pareja, confortablemente instalada, protagonizaba sus burlescos disparates. Ataviados para cazar osos con los trajes de los barones magiares a los que habían enviado a los campos de trabajo, Ceaușescu y su círculo íntimo representaban una parodia de una elite *kitsch*. Después de alcanzar el poder, el Conducător –como se denominaría a sí mismo como anteriormente habían hecho Carol y Antonescu– nunca utilizaba dos veces la misma ropa y desfilaba por los pueblos con un cetro imperial. Su mujer, Elena, manifestaba ser la mente científica más brillante de su generación. Las instituciones angloestadounidense –el Central London Polytechnic, el Royal Institute of Chemistry, la Illinois Academy of Science– le prestaron su apoyo concediéndole cátedras honorarias. Rindiendo cuentas ante el Padre y la Madre estaba la red del Padrino: un trío de Ceaușescus presentes en el comité central; alrededor de otros treinta familiares, de ambas ramas de la familia, distribuidos por todo el Estado para servir de alarmas ante potenciales problemas dentro del partido. El hermano de Ceaușescu, Nicolae Andruță, se ocupaba de la formación de la Securitate; otro hermano, Ilie, era viceministro de Defensa<sup>32</sup>. Lo que había sido una oligarquía, como en cualquier otro Estado del este de Europa, se

---

<sup>31</sup> Nicolae Ceaușescu, *Proposals of measures for the improvement of political-ideological activity, of Marxist-Leninist education of party members, of all working people*, Discurso al Comité Ejecutivo del Partido, 6 de julio de 1971.

<sup>32</sup> Jonathan Eyal, «Why Romania could not avoid bloodshed», en Gwyn Prins (ed.), *Spring in Winter: The 1989 Revolutions*, Manchester, 1990, p. 150.

convirtió en una dinastía, comparable –como ha señalado un meticuloso investigador– a un régimen neopatrimonial como el de los Pahlavis o los Somozas<sup>33</sup>.

Escrupuloso estudiante de los cultos que Carol y Antonescu habían construido a su alrededor, Ceaușescu demostró tener más inventiva para evitar potenciales amenazas a su dominio. Un paso decisivo fue la desprofesionalización de la sociedad rumana. El ejército, que ya estaba subordinado a la Securitate, perdió sus fuentes de financiación y se convirtió en poco más que un cuerpo decorativo. La *nomenklatura* del partido rotaba constantemente por las ciudades, ministerios y destinos, sometida en el mejor de los casos a traslados individuales y en el peor a una anarquía organizativa. Los funcionarios eficientes fueron relegados. Había oficiales del ejército asignados a puestos en la planificación urbana. Los cuadros se reclutaban en los pueblos y se les ponía al frente de departamentos universitarios. Este desconcertante desplazamiento impedía que cualquier escalón organizado de jóvenes oficiales derrocaria a los viejos miembros del aparato. También resolvía el persistente problema de sobrecentralización de la autoridad del Estado en Bucarest al atomizar el poder en múltiples centros –el ejército, la Securitate, la Guardia Patriótica, la Primera Familia–, que estaban demasiado consumidos por rivalidades internas como para suponer un desafío real al propio Ceaușescu. Ni siquiera la Securitate llegó a alcanzar nunca la posición de la NKVD o del KGB en Rusia. Con alrededor de diez mil funcionarios, era realmente el servicio secreto más pequeño del bloque oriental, aunque proporcionalmente pudo tener el mayor número de informantes (algunos calculan que dos veces y media más que la Stasi). Sus seis divisiones controlaban todo, desde la circulación de propaganda a las promociones militares y la protección física de Ceaușescu. En años posteriores, su departamento económico, la Direcția de Informații Externe (DIE) reclutó como colaboradores a siete de cada diez personas que trabajaban en las delegaciones comerciales rumanas en todo el mundo y se involucró en todo tipo de turbias operaciones para reunir dinero para el régimen<sup>34</sup>. Su rama militar contaba alrededor de veinticuatro mil hombres.

---

<sup>33</sup> Peter Siani-Davies, *The Romanian Revolution of December 1989*, Ithaca (NY), 2005, pp. 16-17.

<sup>34</sup> Dennis Deletant, *Ceaușescu and the Securitate: Coercion and Dissent in Romania, 1965-1989*, Londres, 1995, prefacio, p. 325.

La tarea más importante de la Securitate era asegurarse de que las dos formas potencialmente más peligrosas de resistencia al régimen, los trabajadores –como mostró el levantamiento de los trabajadores de las fábricas de camiones y tractores de Braşov en 1987– y los intelectuales, no tuvieran la menor oportunidad de sincronizarse<sup>35</sup>. Pero Ceauşescu no confiaba en ella y cuando en 1989 se produjo la crisis del régimen demostró ser inútil como instrumento represivo. Gheorghiu-Dej se había apoyado en el terror para mantener el control político pero, a pesar de la terrible reputación de su régimen, ese no fue el método de Ceauşescu. Incluso los oponentes declarados dentro del partido, aunque rápidamente destituidos de sus puestos, nunca fueron asesinados y durante su mandato los prisioneros políticos no llegaban a las setecientas personas. La característica distintiva de su sistema fue la enorme inflación del PCR. La fusión del partido y del Estado llegó a parecerse a la sustitución del Estado por un partido que creció más allá de toda proporción: en 1985 el número de sus militantes se acercaba a los cuatro millones, uno de cada cuatro adultos, uno de cada tres trabajadores, el mayor partido político del mundo en relación a la población. Para entonces tenía poco sentido real más allá de *Pile, Cunoştinţe, Relaţii*, (PCR), como a menudo se traducía el acrónimo (conexiones, conocidos, parientes), y estar al servicio del culto a la personalidad de Ceauşescu. Pero mientras el régimen funcionó económicamente, podía actuar como una gigantesca y sofocante manta de seguridad alrededor de la sociedad que gobernaba.

### *Solvencia suicida*

Materialmente, todo marchó bien hasta finales de la década de 1970. Después se produjo un extraño y autoinfligido desastre. Rumanía había adquirido una base industrial más avanzada que cualquiera de sus vecinos, pidiendo préstamos a bancos occidentales para importar tecnología occidental. Sin embargo, no había sido imprudente: en 1978 su deuda externa solamente suponía el 10 por 100 de sus ingresos por exportaciones; Polonia y Hungría habían acumulado deudas mucho mayores con menos recursos con que respaldarlas. Pero en 1979 el régimen empezó a endeudarse mucho para financiar una expansión de refinerías de petróleo, complejos petroquímicos y plantas siderúrgicas, todas ellas con elevados niveles de consumo energético, justamente cuando la segunda crisis del petróleo sacudió a Occidente. El precio del crudo se puso por las nubes y los tipos de interés se dispararon. En

---

<sup>35</sup> Entrevista personal, Emil Constantinescu, Bucarest, 6 de julio de 2017.

los cinco años transcurridos entre 1975 y 1980, la demanda rumana de petróleo se triplicó. Entre 1976 y 1981, la deuda externa pasó de 0,5 a 10,4 millardos de dólares. El miedo al contagio de la crisis polaca de la deuda de 1980, tras el choque de los tipos de interés de Volcker, debilitaron el acceso de Ceaușescu a las fuentes de crédito privadas haciendo que solamente los pagos de intereses pendientes pasaran de 1 millardo a finales de 1981 a 3 millardos cuatro meses después<sup>36</sup>. En el verano de 1982, la deuda representaba el 80 por 100 del valor de todas las exportaciones.

En ese momento, en vez de renegociar la deuda y reembolsarla gradualmente, como esperaban los acreedores, Ceaușescu tomó la loca decisión, para asombro e irritación de estos, de devolverla a toda velocidad, incluso antes de que venciera. Para hacerlo tuvo que recortar drásticamente las importaciones y la inversión, poniendo en marcha un frenético programa de austeridad, el episodio más desastroso de la historia económica de la Europa de la posguerra<sup>37</sup>. Virtualmente, de un día para otro Rumanía pasó a ser una economía de subsistencia basada en la agricultura. Un masivo programa de crianza de caballos reemplazó a la mayor parte del transporte mecanizado en el campo. Los tanques de gas metano enganchados a los techos de los autobuses propulsaron el transporte público en Bucarest. La calefacción central fue cortada en pleno invierno –«no hay por qué avergonzarse por ponerse un jersey en casa, especialmente por la noche», manifestó Ceaușescu al Comité Central del partido en 1986–, solamente se disponía de agua caliente una vez a la semana, el alumbrado público fue reducido y el pan racionado<sup>38</sup>. Por lo que concernía a los rumanos, la desafiante sobreinversión en la industrialización se desvaneció en la nada. Un Estado que en 1980 podía producir versiones de coches franceses y alemanes tecnológicamente comparables, camiones, aviones, helicópteros y turbinas para la exportación, en 1984 apenas conseguía alimentar a su propio pueblo.

---

<sup>36</sup> James Boughton, *Silent Revolution: The International Monetary Fund, 1979-1989*, Washington DC, 2001, pp. 322-323. Fritz Bartel, «Fugitive Leverage: Commercial Banks, Sovereign Debt, and Cold War Crisis in Poland, 1980-1982», *Enterprise & Society*, vol. 18, núm. 1, marzo de 2017, pp. 72-107.

<sup>37</sup> Esta estrategia era la opuesta a la de Honecker en Alemania del Este, que a finales de la década de 1970 ya sabía que nunca podría pagar a los acreedores occidentales: véase Charles Maier, *Dissolution*, Princeton (NJ), 1999, p. 72.

<sup>38</sup> Véase Mioara Anton, «Ceaușescu și Poporul!» *Scrisori către «iubitul conducător» (1965-1989)*, Târgoviște, 2016, p. 157.

La paradoja de la política de Ceaușescu no sobreviviría a la década. A su fin, el valor de Rumanía para Occidente como el renegado del Pacto de Varsovia había desaparecido: los movimientos populares en Estados como Polonia, Hungría o Checoslovaquia prometían alcanzar la liberación del comunismo desde dentro, mientras que Rumanía parecía encaminarse en dirección opuesta hacia un gran abismo que se tragaba la economía y los derechos humanos. Occidente no se esforzó por distinguir entre la hambruna y la represión: sus servicios de inteligencia ni siquiera estaban seguros de que Elena Ceaușescu, que compartía todos los autoengaños de su enfermizo marido pero ninguna de sus capacidades administrativas, no estuviera dirigiendo el país. Pero había una cosa que estaba clara. Como más tarde recordaría Brent Scowcroft, consejero de la Seguridad Nacional de Estados Unidos:

Cambiamos nuestras prioridades por lo que respecta a la Unión Soviética o a Europa del Este. Antes habíamos favorecido a los países del este europeo que ocasionaban los mayores problemas a la Unión Soviética, a los más ariscos, los que más se quejaban, de manera que la Rumanía de Ceaușescu estaba en el primer lugar de la lista. Entonces cambiamos y centramos nuestra atención hacia aquellos que estaban tratando de liberarse y cambiar el sistema. Así que Rumanía pasó de la primera a la última posición en la lista de favorecidos y Polonia se puso a la cabeza<sup>39</sup>.

La funesta apuesta de Ceaușescu fue dar por supuesto que los rumanos soportarían eternamente las miserias que les había impuesto. Rodeado de países donde, como ellos ya sabían, los regímenes comunistas estaban siendo derrocados, ocho meses después de que Rumanía se convirtiera en el único país de Europa del Este que había reembolsado toda su deuda, el régimen se derrumbó en cuestión de días. Un levantamiento en Timișoara con motivo de la expulsión de un sacerdote húngaro de su parroquia por parte del Estado precipitó en todas partes masivas protestas en solidaridad, que obligaron al Conducător a hacer un llamamiento para convocar una manifestación a favor del régimen en Bucarest, la cual rápidamente se convirtió en una turbulenta protesta: «¡Abajo Ceaușescu!», «¡Regresemos a Europa!». El matrimonio Ceaușescu huyó de la ciudad en helicóptero, pero tuvo que aterrizar cerca de Târgoviște debido a un «problema del motor». Capturados por unidades militares fueron conducidos a un aula de una escuela militar y sometidos a una

---

<sup>39</sup> General Brent Scowcroft, «The End of the Cold War and What's Happened in the Ten Years Since», transcripción de la conferencia, Brookings Institute, Washington DC, 2 de diciembre de 1999.



parodia de juicio que duró noventa minutos. Sentenciados por genocidio y crímenes contra la humanidad, la Primera Pareja fue atada frente a una pared de ladrillos y a un pelotón de fusilamiento. «¡Vergüenza! ¡Vergüenza!», gritó Elena cuando sus ejecutores ataron sus muñecas con una cuerda. «¿Os he criado como una madre!» Se dijo que Nicolae murió cantando la Internacional.

### ¿*Salvación nacional*?

La sucesión fue anunciada en directo por la televisión desde el mismo balcón en que Ceaușescu había pronunciado su último discurso el día anterior. Un Frente de Salvación Nacional surgió de la nada partiendo de los diputados sin cargos oficiales y escalafones inferiores del partido que el propio Ceaușescu había dirigido. El FSN era un grupo heterogéneo sobre el que la mayoría de rumanos siguen sin saber nada con exactitud. La lista completa de sus ciento cuarenta y cinco miembros fundadores, algunos de los cuales fueron añadidos a sus filas sin su consentimiento previo, sigue sin publicarse. «Reunimos a todos los que pudimos», me dijo Petre Roman, el primer jefe de gobierno de la Rumanía poscomunista, hijo de un judío húngaro, que había luchado en la Guerra Civil española. «Podías decir en quién confiar eligiendo a aquellos miembros del partido que no habían levantado la cabeza durante años [para apoyar al líder]». El dominio de Ceaușescu había impedido la aparición de dignatarios de la sociedad civil, o de errantes caballeros defensores de los derechos humanos. Semejantes disidentes –como Norman Manea en Estados Unidos o Paul Goma en Francia– estaban fuera del país. En vez de ellos había un segundo escalón de miembros del aparato que habían tenido diferencias con el líder o habían sido boicoteados por él, pero cuyo desacuerdo quedaba dentro del campo de la ortodoxia comunista, raramente aventurándose fuera de él.

Al frente del FSN se hallaba Ion Iliescu, de edad relativamente avanzada entre los miembros del Frente. Un viejo miembro del Comité Central, educado en el Instituto Politécnico de Moscú en la misma promoción que Gorbachov, había sido jefe de propaganda en Bucarest antes de caer en desgracia en 1971 tras expresar su preocupación ante la admiración de Ceaușescu por el culto al líder en Pyongyang. Pasó a puestos marginales, primero como funcionario en Timiș, después en Iași, y regresó a Bucarest en 1989 dirigiendo una pequeña editorial del Partido. No está clara la manera en que pasó a encontrarse en primer plano, lo mismo

que gran parte de los sucesos de las navidades de 1989. Ese diciembre había auténticas protestas contra Ceaușescu en las calles de Bucarest. La treta del FSN fue presentarse a sí mismo como el resultado orgánico y la culminación organizativa de ese movimiento, mientras en la capital y en otras ciudades se producían tiroteos esporádicos. Los defensores del régimen, que el 22 de diciembre eran unos cuantos miles, primero fueron magnificados y después «destruidos», al tiempo que el FSN proporcionaba vídeos a la televisión estatal de una «revolución» en marcha después de apoderarse de sus instalaciones en Bucarest. Días antes, el régimen había intentado minimizar su recurso a la violencia en Timișoara, cerrando la morgue del hospital y mandando de manera encubierta los cuerpos a Bucarest para su cremación. El FSN intentó demostrar lo contrario: se estaba librando una violenta lucha contra el tirano y sus sirvientes. En la radio se prevenía contra los terroristas –¿agentes de la GRU? ¿personal de la CIA? ¿policías palestinos leales a sus entrenadores de la Securitate?– que merodeaban por las calles de Bucarest. En ciudades como Brașov y Cluj, la Securitate y el ejército se enfrentaron en escaramuzas producto de largas rivalidades o de auténtica confusión. Una vez instalado en el poder con seguridad, el Frente anunció que la lucha para derrotar al régimen y a sus partidarios había costado sesenta mil vidas. La cifra real estaba ligeramente por encima de las mil, la mayoría víctimas producidas *después* de que Ceaușescu hubiera sido derrocado<sup>40</sup>.

Después de proclamarse como una organización temporal, el FSN no tardó en funcionar como un nuevo partido estatal. Las elecciones

---

<sup>40</sup> Los rumanos cuentan una variedad de historias sobre lo que pasó en diciembre de 1989. En Bucarest me reuní con Marian Zulean, un teniente que estaba destinado en la compañía de reconocimiento del Tercer Ejército, en la ciudad de Craiova al sur del país, cuando Ceaușescu huyó de la capital. Zulean me dijo que en los días en que el FSN llegó al poder sucedieron tres cosas extrañas. La primera, la tarde del día 23 cuando el sistema de misiles 2K12 Kub de fabricación soviética de su regimiento empezó a disparar aleatoriamente; Zulean afirma que alguien con conocimiento de su funcionamiento deliberadamente puso en marcha sus sensores, quizá mandando un globo aerostático desde algún lugar fuera de la base. La segunda fue que hacia medianoche del día 24, más de una docena de Ladas con matrículas yugoslavas llegaron a Craiova. Al negarse a detenerse en un control militar fueron ametrallados. Varias personas murieron y los heridos fueron trasladados a un hospital cercano. Zulean afirma que no se volvió a saber nada de ninguno de ellos. Finalmente, desde el día 23, se ordenó a diferentes unidades del ejército y de la Securitate que asaltaran los mismos edificios para cazar a «terroristas». En estos tiroteos murió en Craiova uno de sus soldados y pudieron dejar por lo menos un millar de muertos en toda Rumanía.

celebradas en mayo de 1990 llevaron a Iliescu a la presidencia con el 85 por 100 de los votos y dieron al Frente una menor pero todavía sustancial mayoría del 66 por 100 en el Parlamento. Cuando los estudiantes y los opositores se levantaron en señal de protesta, el régimen delegó la represión en diez mil mineros del carbón traídos a Bucarest en trenes especiales desde el valle del Jiu, situado a doscientos cincuenta kilómetros de distancia, para apalear a los manifestantes y saquear sus casas. Se distribuyeron decenas de miles de «certificados revolucionarios» entre los ciudadanos escogidos a dedo por el Frente como héroes del derrocamiento de Ceaușescu. Les recompensaron con una suma inicial equivalente a 33.000 euros y hasta la fecha disfrutaban de exenciones fiscales, sepultura y transporte público gratis, además de un estipendio mensual de por lo menos 600 euros, aproximadamente la mitad del salario medio mensual. Al mismo tiempo, en 1991 se aprobó una constitución de corte liberal y en 1992 se celebraron nuevas elecciones, después de que el Frente se hubiera dividido en un sector encabezado por Roman, que favorecía una rápida renovación de la economía encaminada hacia un modelo de libre mercado, y otro dirigido por Iliescu, que se inclinaba por actuar más cautelosamente. Iliescu obtuvo la presidencia por segunda vez con el 62 por 100 de los votos y su partido bajó al 34 por 100 en el Parlamento. Aunque como entidad tuvo una vida muy corta, el FSN resultó ser un eficaz puente hacia lo que sería el nuevo sistema político del país gracias a su habilidad para ser simultáneamente dos cosas. En su desmantelamiento del Partido Comunista y en la creación de un sistema multipartidista, el Frente se distanció lo suficiente del antiguo régimen como para ser considerado un adalid del cambio. Pero se trató de un cambio lo suficientemente superficial como para no amenazar los intereses del sistema personificados en la Securitate, cuyas brasas seguían brillando bajo las cenizas de la Primera Pareja.

### *Un sistema político sui generis*

El único hecho que surge claramente de la Rumanía de 1989 es que el Estado protagonista de la última y más violenta ruptura con el comunismo acabó siendo el que menos ventajas sacó de ella. En ese sentido, la «revolución» tenía menos en común con el derrocamiento del viejo orden en los Estados vecinos que con los golpes de Estado que regaron el país durante el siglo XX, dejando oscuras estructuras de poder al acecho bajo los aparentes cambios acaecidos en el mismo. El sistema político que engendró ha durado más que el propio dominio de Ceaușescu y se

diferencia en dos aspectos de cualquier otro sistema de Europa del Este. En general, los primeros gobiernos que llegaron al poder después de 1989 fueron los adversarios conservadores o liberales del comunismo y fueron ellos los que establecieron los parámetros del poscomunismo. En la mayoría de los casos, los antiguos partidos gobernantes siguieron compitiendo por el poder, normalmente después de reciclarse en trajes neoliberales con etiquetas socialdemócratas, y pasaron esporádicos periodos en el gobierno antes de desaparecer: en Polonia el último acabó en 2004 y en Hungría y Bulgaria en 2009<sup>41</sup>. Solamente en Rumanía, los antiguos comunistas, que no quedaron confinados en un solo partido, se hicieron cargo desde el principio del sistema político y han conservado una presencia dominante hasta la fecha.

Una segunda característica distintiva del sistema es su maquinaria constitucional. Las combinaciones de un presidente y un parlamento directamente elegidos son habituales en la región, pero los poderes de cada cual varían ampliamente. En Rumanía, el presidente tiene el control de los servicios de seguridad, pero no puede dictar la política del gobierno o destituir al primer ministro que haya elegido el Parlamento. Este último está compuesto de dos cámaras con igual poder, un perfecto bicameralismo cuyo único otro ejemplo en Europa es Italia, aunque allí es objeto de un incesante ataque. Además, desde 2003, bajo las presiones de las ONG y del defensor del pueblo de la UE, recelosos de que el pueblo vote por partidos y no por personalidades, Rumanía ha desincronizado sus elecciones parlamentarias y presidenciales, un año después de que Francia sincronizara sus propias votaciones (con notables consecuencias para la democracia francesa)<sup>42</sup>. Esto prácticamente ha garantizado una inherente polaridad en la política del país donde la pauta ha sido una presidencia, directamente apoyada por Occidente, enfrentada a un bloque parlamentario poscomunista, que todavía se aferra a una economía más redistributiva.

El resultado por lo que se refiere a la gobernabilidad es una continua volatilidad interna a pesar de la llamativa homogeneidad de la propia clase política. Los partidos políticos rumanos de todo el espectro ideológico son conglomerados organizados para el propio enriquecimiento,

---

<sup>41</sup> La excepción es Chequia, donde el Partido Comunista todavía sigue conservando el nombre y obteniendo alrededor del 15 por 100 del voto, aunque nunca haya formado parte del gobierno.

<sup>42</sup> Entrevista personal, Alexandru Gussi, Bucarest, 16 de junio de 2017.

esto es, externalizaciones públicas del Estado en vez de un determinado instrumento a disposición de la sociedad civil para controlarlo. La «derecha» –compuesta por cinco partidos importantes que mayoritariamente afirman descender de los partidos de la década de 1930, sobre todo de los antiguos Partidos Nacional Campesino y Liberal– ha controlado durante algún tiempo la presidencia. La «izquierda» –es decir, principalmente el Partido Socialdemócrata (PSD)– mezcla la nostalgia comunista con el nacionalismo y ha controlado principalmente el Parlamento. En ambos bandos se encontrar políticos con orígenes en el PCR, siendo los partidos rehenes de grupos en competencia presentes en los servicios de seguridad que el PCR legó al nuevo orden.

Los momentos culminantes de este sistema pueden situarse en las presidencias de Iliescu (1989-1996, 2000-2004) y de sus tres sucesores, Constantinescu, (1996-2000), Băsescu (2004-2014) y Iohannis (2014). Iliescu, enfrentándose a un desolador contexto internacional en el que se le consideraba la oveja negra en una Europa del Este «puesta del revés», mostró poco interés por las privatizaciones que hubieran elevado su reputación en el exterior y, en medio de crecientes dificultades económicas, tuvo poco margen para reformas alternativas. La transición a una economía de libre mercado sufrió un devastador retroceso cuando una pirámide de Ponzi de alcance nacional, patrocinado por la administración municipal de Cluj, se propagó por todo el país durante los cinco años posteriores a la revolución tragándose un tercio de todos los billetes de lei en circulación y saqueando las cuentas bancarias de alrededor de cuatro millones de ciudadanos, uno de cada ocho rumanos. Con sus préstamos devueltos, Rumanía no despertó en absoluto el interés que el FMI y el Banco Mundial prodigaron a Hungría y Polonia<sup>43</sup>. Primero despreciada por la tambaleante Unión Soviética, después mirada con desconfianza por el triunfante mundo anglosajón, Rumanía era geopolíticamente tierra de nadie. «Abrimos los ojos y no había nada allí», me decía Celac, el primer ministro de Asuntos Exteriores de la Rumanía poscomunista<sup>44</sup>. La elección en 1996 de Emil Constantinescu, un geólogo que había observado desde un aula universitaria cómo los mineros atacaban a los estudiantes y al que los enemigos de Iliescu aclamaban como el «Havel rumano», fue saludada por algunos como la verdadera

---

<sup>43</sup> A lo largo de toda la década de 1990, Rumanía tuvo prácticamente los niveles de inversión extranjera más bajos de Europa del Este: Steven Roper, *Romania: The Unfinished Revolution*, Abingdon, 2000, p. 92.

<sup>44</sup> Entrevista personal, Sergui Celac, Bucarest, 2 de julio de 2017.

revolución, que debía haberse producido en 1990. Como señaló el propio Constantinescu,

El Estado del que me hice cargo no era poscomunista. Todas las estructuras comunistas seguían en pie. La diferencia era que un hombre, Ceauçescu, había desaparecido y había sido sustituido por una dirección que combinaba antiguos miembros de la Securitate, de la *nomenklatura* y del Partido. Y estas nuevas caras habían privatizado el comunismo y establecido una democracia de títeres. También habían aprendido, sin embargo, a defender lo que habían hecho mediante un doble lenguaje: «¡Odiarnos el comunismo!», pero seguían creyendo en él<sup>45</sup>.

Elegido con el apoyo de una coalición oportunista de diferentes partidos sin dirigir a ninguno de ellos, Constantinescu tenía una débil base parlamentaria y se apoyó en gabinetes tecnocráticos. La terapia de choque que impuso el FMI en 1997, que supuso el cierre de empresas estatales, el recorte de los servicios sociales y provocó una miseria generalizada, coronada por una tasa de pobreza del 44 por 100, le encerró en un aislamiento tal que le obligó a renunciar a su reelección en 2000. Rechazado por las masas, su gobierno fue elogiado en Occidente por empezar a devolver a sus dueños las propiedades confiscadas por el comunismo y por alinear al país con el ataque de la OTAN contra Yugoslavia en 1999, cuando, en palabras de Blair, demostró ser «un ejemplar aliado y un futuro socio de Occidente» al proporcionar un uso ilimitado del espacio aéreo rumano para el bombardeo de Belgrado y otras ciudades serbias.

Solo el 1 por 100 de los rumanos estaba a favor del bombardeo, y en 2000 Iliescu tuvo pocas dificultades para regresar al palacio Cotroceni para un tercer mandato con un amplio margen sobre su oponente, el fanático chovinista Corneliu Vadim Tudor, un antiguo adulator de la corte de Ceauçescu y un vociferante negacionista del Holocausto. Esta vez, sin embargo, la política estuvo dirigida por su primer ministro, Adrian Năstase, veinte años más joven que Iliescu y una especie más pura del político neocomunista, quien no tardó en privatizar la siderurgia pasándola a manos de Lakshmi Mittal y reformulando el PSD como un conducto para la integración euro-atlántica de Rumanía. Su gobierno, poblado de antiguos miembros del aparato, repleto de agentes de la Securitate con una larga experiencia en espiar a los servicios de seguridad europeos, respaldó la invasión de Iraq, albergó una cárcel clandestina cerca de Constanța donde la CIA torturó a sus prisioneros y

---

<sup>45</sup> Entrevista personal, Emil Constantinescu, Bucarest, 6 de julio de 2017.

supervisó la entrada de Rumanía en la OTAN<sup>46</sup>. Sin embargo, la adhesión a la UE requería un cambio de la Constitución, que tenía que ser ratificado en referéndum. Bajo la benevolente mirada del presidente de la Comisión de Ampliación de la UE, Günther Verheugen, Năstase falseó las votaciones en 2003 sin que Bruselas hiciera preguntas. Flotando en un mar de sobornos y fraudes, el crecimiento económico fue brevemente sólido, pero cuando Năstase se presentó a la presidencia en 2004, para entonces enemistado con Iliescu, el hedor de la corrupción era demasiado fuerte y perdió por un estrecho margen.

«*Podías hacer estas cosas*»

El vencedor fue Traian Băsescu y sus diez años en el palacio de Cotroceni han hecho más para dar forma a la Rumanía contemporánea que el mandato de cualquier otro gobernante. Un personaje tosco y fanfarrón, empezó su carrera en la marina mercante de Ceaulescu llegando a capitán de un petrolero, un puesto donde las transacciones ilegales –contrabando, sobornos– eran evidentes, y entrar al servicio de la Securitate venía con el empleo. Cuando se produjo un incendio en su barco en Rouen, amenazando con una gran explosión en el Sena que exigió una gran operación francesa para controlarlo, no tuvo ningún escrúpulo en ocultar a la policía las evidencias sobre su origen, algo de lo que presumiría más tarde. Miembro del PCR, Băsescu entró en la política como un incondicional del FSN convirtiéndose en ministro de Transportes del gobierno de Roman en 1991, antes de acaparar el mismo cargo con Constantinescu, cuando liquidó la flota en la que había trabajado vendiéndola a intereses noruegos a precio de saldo. Elegido alcalde de Bucarest en 2000, fue cogido con las manos en la masa en compras ilegales de las propiedades de la ciudad.

Reposicionándose como un acérrimo anticomunista, Băsescu se presentó a las elecciones presidenciales de 2004 pretendiendo ser el equivalente a la Revolución Naranja ucraniana. Los principales hitos de su década en el poder fueron la entrada de Rumanía en la UE; las medidas legislativas en teoría conducentes a la devolución de todas las casas, pisos y propiedades inmobiliarias nacionalizadas –*restitutio ad integrum*– a sus antiguos propietarios precomunistas, una medida tan extrema que ningún otro país del este europeo la ha intentado y que en la práctica

---

<sup>46</sup> Kate Connolly, «Romanian ex-spy chief acknowledges CIA had “black prisons” in country», *The Guardian*, 14 de diciembre de 2014.

convirtió todo ese patrimonio en un ilimitado botín para los correspondientes depredadores poscomunistas; el estacionamiento de tropas en Iraq hasta el final de la intervención, después de que todos los demás contingentes europeos hubieran sido retirados, y la desenfrenada dureza del plan de austeridad, que impuso después de la crisis financiera de 2008. A menudo peleándose con sus primeros ministros y careciendo de una mayoría estable en el Parlamento, Băsescu sobrevivió a dos referéndums para destituirle, el segundo de ellos –cuando el 88 por 100 de los votantes, indignados con él deseaban verle fuera– fue anulado por sus compinches en el Tribunal Constitucional.

Sin embargo, el legado más duradero de Băsescu se produjo en otro terreno. La institución supuestamente encargada de imponer la justicia en el escenario político rumano es la Direcția Națională Anticorupție (DNA), fundada en 2005 por una directiva de la UE. Sin embargo, la DNA no considera su trabajo como una simple campaña contra la corrupción. Su mandato es indefinido, ejecutado con muy poca rotación de personal y representa una autocolonización de la sociedad rumana que durante una década se ha vuelto cada vez más incontrolable gracias a dos enmiendas constitucionales aprobadas por Băsescu. La primera declaraba la corrupción una cuestión de seguridad nacional, la segunda ampliaba esta clasificación para incluir la evasión fiscal. ¿Qué le impulsó? La versión heroica presentaría a Băsescu como el aguafiestas del sistema poscomunista de Rumanía, un desertor de ese sistema resueltamente determinado a limpiar el Estado. Después de haber sido parte del FSN, al llegar al poder se convirtió en su sucesor del PSD, resucitando órganos de la seguridad, que el PSD había controlado anteriormente y utilizándolos como una base de poder personal contra todo el sistema político. En el palacio de Cotroceni instaló una unidad de inteligencia nacional, que solamente respondía ante la presidencia. «Reuní a todos los servicios de seguridad y los puse bajo mi autoridad», me dijo. «Estábamos en las fechas posteriores al 11 de septiembre. Se podían hacer esas cosas. Se hacían en todas partes»<sup>47</sup>.

### *Un organismo para todas las ocasiones*

Cualquiera que sea la verdad, el resultado del mandato de Băsescu ha sido dotar a la DNA del estatus legal de operación militar al margen de cualquier control civil en un país ya vulnerable a un proliferante «Estado profundo». La DNA habla el lenguaje vernáculo de la geopolítica. Su campo es «táctico».

---

<sup>47</sup> Entrevista personal, Traian Băsescu, Bucarest, 28 de junio de 2017.



Promete traer a Rumanía «el imperio de la ley». La anticorrupción es la *luptă*, la «batalla». Sus métodos son turbios, hasta el punto de que prácticamente puede encarcelar a cualquier rumano. La fiscal jefe de la DNA es Laura Codruța Kövesi, una antigua jugadora profesional de baloncesto de 37 años que ha recibido innumerables elogios de los medios de comunicación anglófonos («Europea del año» en 2016, cortesía del *Reader's Digest*) y de embajadas occidentales («Premio a la Mujer Valiente», cortesía de Estados Unidos; la Legión de Honor, cortesía de Francia; la Orden de la Estrella Polar, cortesía del rey Carlos XVI Gustavo de Suecia), además de dos Certificados de Agradecimiento (2007 y 2011) del director de los servicios secretos estadounidenses, todos ellos ignorando el plagio que realizó con su tesis doctoral de 2012. Kövesi encarcela de media a tres rumanos a la semana y tiene a otros cinco mil a la espera de juicio<sup>48</sup>.

El poder de la DNA reside en su capacidad para ofrecer algo a un abanico de grupos de referencia. Para las indignadas clases medias es un intachable vehículo de progreso que no les exige votar; ella se encarga de hacer el trabajo. Seis de cada siete rumanos confían más en ella que en los ministros elegidos<sup>49</sup>. Para la Unión Europea, la DNA es una fiable servidora de la austeridad<sup>50</sup>. Está restaurando los procedimientos policiales del comunismo mientras desmantela la pizca de justicia económica que incorporaba. La jurisdicción de Kövesi no alcanza a la corrupción multinacional, pero sí tiene entre sus objetivos a los servicios públicos de pueblos que votaron desproporcionadamente al PSD en el referéndum de 2012. Para los servicios secretos, la DNA es un frente detrás del cual pueden operar cómodamente; resulta significativo que la OTAN, que ha pedido poner riendas a los espías rumanos, apoye a la DNA.

El alcance de la DNA llega a lo más alto. En 2014, un año en absoluto atípico, encerró no solo a veinticuatro alcaldes, cinco diputados, dos exministros, siete jueces, trece fiscales y alrededor de novecientos funcionarios de menor rango, sino también al antiguo primer ministro Năstase, que en cuanto vio a la policía a las puertas de su mansión se llevó una pistola a la cabeza fallando el disparo y haciéndose una herida leve en el cuello<sup>51</sup>. Su misión sería imposible sin los poderes de vigilancia

---

<sup>48</sup> Andrew Bryne, «Romania in top-level graft crackdown as paper tiger bares teeth», *Financial Times*, 26 de julio de 2015.

<sup>49</sup> «Barometrul inscop–Adevărul despre România», marzo de 2016.

<sup>50</sup> Entrevista personal, Costi Rogozanu, Bucarest, 22 de junio de 2017.

<sup>51</sup> Daniel Brett, «Trouble at the top: corruption, anti-corruption, and the battle for political survival», *South East Europe at London School of Economics blog*, 24 de junio de 2015.

del SRI, que afirma ser una unidad antiterrorista. Hay buenas razones por las que Kövesi consigue las condenas del 92 por 100 de los que lleva a sus tribunales. Las redes de la DNA dentro del SRI garantizan a sus ciento veinte fiscales a tiempo completo una reserva constantemente renovada de información incriminatoria sobre las elites políticas, que ahora se sabe que quitan las baterías de sus teléfonos móviles cuando se reúnen entre ellos. Kövesi se ha reunido en numerosas ocasiones con los jefes del SRI –por ejemplo, la noche de la reelección de Bănescu en 2009– a pesar de negar sin inmutarse cualquier conexión con ellos.

El traslado que hizo Bănescu en 2007 del grueso de los archivos de la Securitate a un Consejo Nacional para su estudio ha proporcionado a la DNA un acceso sin trabas a los archivos de la policía secreta, que alcanzan veinticinco kilómetros de longitud, lo cuales están siendo utilizados ahora en los tribunales rumanos como forma de desprestigio en casos de corrupción. Los testimonios se obtienen de testigos que colaboran bajo la amenaza de ser encarcelados<sup>52</sup>. La DNA soslaya el control que tiene el PSD de la televisión rumana anunciando sus arrestos a los jóvenes mediante las redes sociales, llevando a los acusados esposados a los coches de policía frente a los teléfonos móviles de los nuevos informadores, manteniéndolos detenidos hasta tres meses en precarios centros de detención a la espera de juicio, filtrando a la prensa transcripciones editadas de sus conversaciones telefónicas e impidiendo cualquier oportunidad de tener un juicio justo. Procesa a rumanos que solo han cenado con sus corruptos compatriotas. Lanza a sus más despiadados fiscales contra adversarios políticos y de los medios de comunicación con las acusaciones menos fundadas y, después, para realzar su imagen pública, a menudo se vuelve contra esos mismos fiscales. Se proyecta ágilmente en el exterior realizando seminarios sobre la lucha contra la corrupción para *think-tanks* en toda Europa Occidental y presentando las manifestaciones callejeras como el reconocimiento público de su trabajo.

La segunda vida de la Securitate en la Rumanía poscomunista ha sido menos sorprendente que su consolidación como la fuerza impulsora de la reforma neoliberal. Después de 1989 no hubo ni un solo funcionario de la Securitate que fuera llevado a juicio. Aproximadamente la mitad pasaron al sector privado y el resto se incorporó a los nuevos servicios de seguridad, que estaban subordinados a los militares. Pero el resultado

---

<sup>52</sup> T. Gallagher, *Romania and the European Union: How the Weak Vanquished the Strong*, cit., pp. 215-216.

fue invertir la dispersión del poder que había sido el eje central de la política de Ceaușescu. Económica, legal y militarmente, más de diez mil rumanos tenían ahora un interés compartido sin precedentes en la protección mutua y el progreso personal, y ya no había ningún Conducător interponiéndose en su camino. Hasta el día de hoy, sigue siendo cierto que la prepotencia del Estado profundo compensa el déficit de autoridad estatal en otras partes, más en el caso de Rumanía que en el del resto de países poscomunistas. La moneda del poder es el chantaje. Los grupos burocráticos se enfrentan misteriosamente entre sí. Otros son sorprendidos en actuaciones corruptas, pero curiosamente evitan el enjuiciamiento. Ningún escritor ha dramatizado mejor estas constantes que la escritora rumano-alemana Herta Müller, que afirma que actualmente un derivado privado de la Securitate la sigue cuando realiza los viajes de promoción de sus libros por Rumanía, y cuyo premio Nobel de 2009 ha servido como un esfuerzo más amplio de Occidente para rectificar el apoyo prestado a Ceaușescu durante tanto tiempo.

### *La calle y el pueblo*

El sistema poscomunista en Rumanía está ahora en una crisis generacional. Una enquistada elite política se aferra al poder en medio de las fuerzas en conflicto: los movimientos de protesta en la calle, la Unión Europea, el Estado. Este sistema está desproporcionadamente formado por miembros del PCR, que se reciclaron de nuevo en el poder en 1989 y que ahora están siendo eliminados del Estado, mediante una condena de cárcel tras otra. Con Ceaușescu controlaron los servicios secretos y hoy se ven enfrentados a su antigua rama institucional. No todos ellos están en el PSD, pero ese partido ha sido el blanco de la indignación de la clase media por dos razones. La primera es que los votos que obtuvo le proporcionaron una mayoría en el Parlamento y ha explotado esa mayoría para soslayar la justicia de maneras descaradamente burdas. El proyecto de ley de febrero de 2017 que desató las protestas proponía legalizar la corrupción; otro proyecto anterior, que sí llegó a aprobarse, permitía a los rumanos encarcelados reducir sus condenas publicando «trabajos de interés científico», dando lugar a repentinos arrebatos de pseudoerudición («Implantes dentales frente a prótesis cementadas en dentaduras naturales», por Realini Lupșa, una estrella pop actualmente en la cárcel por evasión fiscal).

La segunda razón es que el PSD, a pesar de la corrupción que le acompaña, es el único defensor político del grupo mucho mayor de rumanos

que no están protestando y que nunca entraron a formar parte de la clase media. El sociólogo ruso Yuri Levada llama a esta gente *homo prevaricatus*, los sucesores del *homo sovieticus* que, como en todas partes de la Europa del Este, surgió como el perdedor en 1989. La clase media que protesta los considera un impedimento para el regreso de Rumanía a Europa. Son los *știrbi*, «patanes desdentados» que viven en los pueblos y trabajan la tierra. Se les considera la gente más religiosa del continente<sup>53</sup>. Su nivel de vida estuvo equiparado con el del sur de Europa, pero ahora está más cerca del de América Central. No obstante, están a favor de la UE. El PSD ha convertido a este campesinado en el imperativo moral que afirma estar defendiendo en contra de la mercantilización de Rumanía. Promete subir sus pensiones, evitar el fin de los servicios públicos y gravar a las empresas. Dirige muchas de las cadenas de televisión rumanas y controla tres de cada cuatro pueblos a través de un entramado de *baroni local*, que supervisan relaciones de dependencias paternalistas por todo el medio rural<sup>54</sup>. El PSD es el único partido que han visto los campesinos haciendo campaña en sus pueblos. Aunque solamente le vota uno de cada seis rumanos, eso basta para dar al PSD el control del Parlamento en un país con la participación electoral más baja de Europa. En 1990, el 86 por 100 de los rumanos acudieron a las urnas; en 2008 y de nuevo en 2017 solamente lo hizo el 39 por 100<sup>55</sup>. Para los otros partidos políticos, las ambiciones parlamentarias solo se alcanzarán si pueden espolear a los manifestantes de la clase media para que acudan a votar –lo que es difícil, ya que en todos los aspectos estos partidos son tan corruptos como el PSD– o si pueden dividir al bloque electoral del PSD. «Cuanto más rápido nos muramos mejor para ellos», me dijo un pensionista de un pueblo de Brăila, que apoyaba al PSD<sup>56</sup>.

### ¿Progreso?

La lucha contra la corrupción es un síntoma de un problema más profundo. Ningún partido del espectro político se resiste a sus compartidas inclinaciones atlánticas. A finales de 2014, la creciente diáspora rumana en Europa impulsó a Klaus Iohannis –una mediocridad en la política

---

<sup>53</sup> Catalin Ionete, «Majority, Minorities and Religious Pluralism in Romania», en Greg Simons y David Westerlund (eds.), *Religion, Politics and Nation-Building in Post-Communist Countries*, Farnham, 2015, p. 180.

<sup>54</sup> John Henley y Kit Gillet, «Romania set to go to polls as anti-graft party eyes king-maker», *The Guardian*, 9 de diciembre de 2016.

<sup>55</sup> Datos de Election Guide and the International Foundation for Electoral Systems.

<sup>56</sup> Entrevista personal, Valentina Sova, Brăila, 22 de junio de 2017.

nacional pero pregonado como un eficiente alemán por las mistificadoras clases medias– a una improbable victoria presidencial sobre el antiguo primer ministro Victor Ponta, que había sucedido a Iliescu a mediados de la década de 2000 como presidente del PSD. Iohannis era el opuesto diametral de Băsescu en la derecha rumana: de modales suaves y aspecto cuidado, situado por encima de estallidos vulgares, derrotó a Ponta en una campaña en la que el PSD recurrió a un desesperado populismo nacionalista pidiendo a su electorado rural que rechazara a un portavoz luterano de la fronteriza Alemania. Pero los votantes que esperaban que Iohannis continuara las batallas contra la corrupción de Băsescu, pero sin los escándalos que acompañaban a este, inevitablemente habrán quedado decepcionados: Iohannis no es menos corrupto que muchos de sus predecesores. En la década de 1990 su familia reclamó falsamente la propiedad de una multitud de propiedades que supuestamente les pertenecían antes de 1946; una sola de ellas, alquilada a una sucursal del Banco Raffeisen en la plaza mayor de Sibiu, ha proporcionado a Iohannis unos ingresos de 320.000 euros en rentas ilegales desde 2003<sup>57</sup>. (Kövesi, a quien Iohannis designó para un segundo mandato como directora de la DNA en 2016, nunca ha comentado este caso, a pesar de que ha encerrado a muchos políticos por motivos mucho menos graves). Iohannis, que no es un político de talento, se ha rodeado de intachables partidarios de la globalización y de especialistas en seguridad. Su consejero más cercano, Leonard Orban, fue el primer comisionado de la UE para el multilingüismo. Su consejero económico, Cosmin Marinescu, un economista neoliberal, fue uno de los arquitectos de la integración de Rumanía en la UE. Su embajador en Berlín, Emil Hurezeanu dirigió una vez Radio Europa Libre y su embajador en Washington, George Maior, fue anteriormente jefe del SRI.

Se ha dicho que por debajo de la lucha contra la corrupción late una lucha geopolítica más profunda. Iohannis y Kövesi no son los únicos nombres visiblemente no rumanos que manejan el frente de la DNA; también está Eduard Hellvig, actual dirigente del SRI, y George Maior, su jefe anterior. Igual que el Partido Campesino de Transilvania intentó poner orden en el Regat de entreguerras, e igual que la minoría húngara de Timișoara –una ciudad situada en el Banat, que se halla más cerca de Viena que de Bucarest– puso en marcha el derrocamiento de Ceaușescu, ahora el «progreso» en Rumanía parece venir desde el tecnocrático oeste,

---

<sup>57</sup> Ionuț Stănescu, «Iohannis încă face bani din casa care nu îi mai aparține», *Rise Project*, 2 de febrero de 2016.

de nuevo intentando imponer el orden sobre el caótico este balcánico, que constituye el feudo del PSD. Gáspár Miklós Tamás, el radical húngaro nacido en Cluj en 1948 y expulsado por el régimen de Ceaușescu en 1981, ha comparado a la DNA con la antidemocrática burocracia de los Habsburgo, que impone su visión de la ilustración sobre el campesinado del este de Europa, demasiado atrasado como para entender qué es lo mejor para él. Voces como la suya son raras en un país donde la crítica de la UE desde la izquierda resulta escasa, limitada en Bucarest a *CriticAtac*, una plataforma *online* de análisis marxista, y en Cluj a la bilingüe Babeș-Bolyai University, que posee uno de los principales departamentos de sociología de Europa y fue responsable, casi en exclusiva, de la refundación de la izquierda rumana durante la crisis financiera de 2008<sup>58</sup>.

Uno de los grandes éxitos de la DNA ha sido su capacidad para utilizar las protestas de la clase media para controlar la visión de Europa de la Rumanía actual. Aquellos que se unen a los movimientos callejeros la admiran con una mezcla de ingenuidad y miedo por lo que Rumanía ha sido. Es una generación cuya memoria del comunismo es la de la década de austeridad en la que han nacido y que creció en el salvaje territorio del capitalismo de la década de 1990. Su prosperidad no solo ha venido de la llegada de empresas multinacionales, cuyos ejecutivos ahora se les unen en las protestas; también muchos de sus valores progresistas<sup>59</sup>. Hasta que llegue el momento de que las empresas se trasladen más hacia el este a la búsqueda de una mano de obra más barata, serán un poderoso estímulo de lo que los rumanos llaman *ura de sine*, su inusualmente fuerte infusión de odio nacional hacia sí mismos. Pero no está claro que quedará en Rumanía para entonces, entre la emigración –se pueden encontrar más médicos rumanos en Francia que en su tierra natal, todos ellos formados con los fondos de los contribuyentes rumanos– y la extinción final de los rescoldos del Estado social de Ceaușescu.

En Bucarest, la segunda gran ciudad de los Balcanes, las privaciones del siglo pasado se pueden apreciar en todas partes. Una capital que en la

---

<sup>58</sup> Cornel Ban, «Beyond Anticommunism: The Fragility of Class Analysis in Romania», *East European Politics and Societies and Cultures*, vol. 29, núm. 3, 2015, pp. 646-648. *CriticAtac* está editada por Florin Poenaru, Ștefan Guga, Alex Cistelean, Vasile Ernu, Vladimir Borțun y Costi Rogozanu. Véase también, G. M. Tamás, «Words from Budapest», *NLR* 80, marzo-abril de 2013; ed. cast.: «Palabras desde Budapest», *NLR* 80, mayo-junio de 2013.

<sup>59</sup> «Expat bank CEO joins protests in Bucharest: I care about my children's future», *Romania-Insider*, 6 de febrero de 2017.

década de 1930 aspiraba a ser la Pequeña París del Este ha surgido del comunismo como una metrópolis de compulsiva conformidad, donde hay más establecimientos de comida rápida per cápita que en casi cualquier otro lugar de Europa. Como alcalde, Bănescu supervisó la muerte de alrededor de cincuenta mil perros callejeros, que habían sido responsables de una de cada cuatro visitas a los servicios de urgencia en Rumanía. Ahora el viejo centro de la ciudad está poblado de anuncios de neón y despedidas de soltero de ciudadanos británicos borrachos: una nueva Praga. La Casa del Pueblo de Ceaușescu, el edificio más pesado del mundo, se ha convertido en un sepulcral museo, demasiado grande para iluminarlo por la noche, con sus cimientos desmenuzándose en pedazos de hormigón del tamaño de un puño a disposición del pillaje de los turistas. El *blocuri comuniste* ha sido eliminado para hacer sitio a cadenas de hoteles, que reciben al nuevo flujo internacional de hombres de negocios. En los suburbios que se extienden alrededor de la gigantesca embajada estadounidense, las filas de nuevos centros comerciales han convertido al primer bulevar de la ciudad, Calea Victoriei, —donde Mircea Eliade y Constantin Noica se hicieron escritores y Gorbachov desfiló junto a Ceaușescu en 1987— en una sucesión de escaparates cerrados. Los atribulados cines de propiedad pública, que antes se agrupaban alrededor de los jardines de Cișmigiu, han desaparecido por completo: los antiguos miembros de la Securitate que ahora son los propietarios de los nuevos multicines han delegado la destrucción de sus competidores a grupos mafiosos. Solamente en las desvencijadas y viejas mansiones boyardas de barrios como Negustori y Armenească puede llegar a vislumbrarse el pasado precomunista. Pequeños grupos de rumanos se mueven alrededor contemplados con despiadado desdén por la población local, vendiendo flores y bañándose en el Dâmbovița por diversión.

El juicio más intrigante que se está celebrando en Bucarest en la actualidad no está relacionado con la corrupción. Está poniendo en el banquillo a la revolución rumana tres décadas después de que se produjera. Ion Iliescu, que ahora tiene 87 años, ha sido acusado de crímenes contra la humanidad debido a su utilización de los mineros para aporrear a los disidentes en junio de 1990. Se enfrenta a una pena de cárcel para el resto de sus días. Lo interesante del juicio es el juicio en sí mismo. La siguiente generación del Estado rumano está devorando a la última de una manera que recuerda la utilización que Iliescu y el FSN hicieron de Ceaușescu como el chivo expiatorio del comunismo. En Hungría y Polonia, el legado de 1989 amenaza con ser revertido por sus «héroes»,

Orbán y Kaczyński. Rumanía es diferente. Ilescu no solo es un medio a través del cual la DNA puede poner fin a tres décadas de arraigado poder del PSD. También es una víctima de un sistema político que ahora no está atacando simplemente el legado de 1989, sino intentando también reescribir su narrativa. Una revolución que todavía carece de una verosímil interpretación consensuada se arriesga a que se le otorgue una en un tribunal.

La falta de todo examen serio del pasado en la opereta de la política nacional ha recibido, como si fuera una compensación, un sostenido tratamiento en uno de los escenarios culturales más vivos de Europa. En ciudades de provincias como Brăila o Galați, las obras de Caragiale e Ionesco todavía atraen a exigentes audiencias a las representaciones de los fines de semana en grandes teatros del siglo XIX. Cadenas de librerías de alcance nacional –Carturesti, Humanitas– exhiben las obras de novelistas desde Adrian Schiop hasta Ruxandra-Mihaela Cesereanu y Vasile Ernu que, aunque solo esporádicamente traducidos fuera de Rumanía, exploran la desolación del pasado reciente con el mismo feroz humor negro que Mircea Cărtărescu o Norman Manea, sus colegas más conocidos. Si estos novelistas son más populares en Rumanía que fuera de ella, la nueva ola rumana, el cine más dinámico de Europa del Este, es lo contrario. La nueva generación de directores rumanos –Radu Muntea, Corneliu Porumboiu, Cristi Puiu– obtiene grandes premios cada año en festivales internacionales, pero fue Cannes el primero que reflejó la cosecha de talento que venía de Bucarest: el premio de la sección «Una cierta mirada» fue a parar a *The Death of Mr Lazarescu* (Cristi Puiu) en 2005, la Cámara de Oro a *12:08 East of Bucharest* (Corneliu Porumboiu) un año después, la palma de Oro a *4 Months, 3 Weeks and 2 Days* (Cristian Mungiu) al año siguiente. La nueva ola de directores llegó a la mayoría de edad en tiempos del derrocamiento de Ceaușescu, la única revolución de 1989 que fue minuciosamente recogida por las cámaras tras las barricadas. Sus primeros trabajos desmantelaban hábilmente cualquier insinuación de que Rumanía se parecería a un Estado europeo una vez que se incorporara a la Unión Europea. El país de películas como *The Death of Mr Lazarescu* y *Stuff and Dough* (Cristi Puiu, 2001) es un lugar aterradoramente desolado nacido muerto entre los dolores de la defunción del comunismo, por un lado, y el inicio del capitalismo depredador, por otro, todo ello recogido con el medido desapego de una escenografía seca y observadora. Los extranjeros han resultado ser los seguidores más ávidos de lo que supone otro producto rumano más para



el consumo europeo, que contrarresta las idealizaciones de los folletos de viaje de despoblados escenarios naturales con imágenes de un panorama nacional de espeluznantes hospitales, universidades sin sustancia y decrepitos bloques de apartamentos. Dentro de Rumanía la recepción ha sido curiosamente moderada. De aquellos que van al cine –una cifra pequeña porque Rumanía tiene solamente un centenar de salas y está entre los países de Europa con menos ventas de entradas– la mayoría va en tropel a los nuevos multicines que muestran los éxitos de taquilla estadounidenses<sup>60</sup>.

La obsesión de la nueva ola se ha desplazado más recientemente desde el colapso del comunismo hacia lo que nunca desapareció: la implacable burocracia interna que se encuentra en cada recoveco de la sociedad, una fuerza ineludible, casi climática, que actúa tanto entre los ricos como entre los pobres con igualadora ruina. Su único antídoto parece ser la misma corrupción que la perpetúa, eso o abandonar Rumanía definitivamente. En *Police Adjective* (Porumboiu, 2009), un detective recibe la absurda misión de dirigir todos los recursos del departamento de policía de Vaslui hacia el arresto de un trio de adolescentes sorprendidos fumando marihuana en un parque. En *Child's Pose* (Călin Peter Netzer, 2013), una rica matriarca húngara intenta evitar mediante sobornos la condena por homicidio de su hijo que ha atropellado a un joven campesino, para acabar enfrentándose al desafiante código moral del campo. En *Graduation* (Mungiu, 2016), Romeo, un médico de Cluj, le dice a su hija Eliza: «En 1991 tu madre y yo decidimos regresar». Eliza ha sufrido un intento de violación el día anterior a sus exámenes finales; ahora peligra su oportunidad de obtener una beca para una universidad del Reino Unido. Romeo tiene que abrirle el camino para salir de Rumanía a base de sobornos y de engrasar la cultura de la corrupción que desprecia. «Fue una mala decisión. Pensamos que las cosas cambiarían, pensamos que podríamos mover montañas», le dice a Eliza. «No movimos nada».

---

<sup>60</sup> Corneliu Porumboiu con Daniel Fairfax, *The Brooklyn Rail*, 5 de octubre de 2015.